

El Panteón resume y simboliza la historia moderna de la Francia apostólica. El país de la catedral y de la cruzada de los caballeros y de la misión ha venido a parar en la patria de la revolución, de los derechos del hombre sin Dios, de la democracia religiosa con la divisa de "LIBERTÉ-ÉGA-LITÉ-FRATERNITÉ". A la tradición cristiana de la "hija primogénita" de la Iglesia ha venido a juntarse una nueva tradición francesa nacida de la revolución del 1789. Ahora tenemos dos tradiciones NACIONALES en Francia, como hay dos fiestas nacionales, la de Juana de Arco y la del 14 de julio: *et ce n'est pas la même France dans l'une et dans l'autre*.

Puede uno en teoría imaginarse la reunión de estas dos tradiciones. Fue, en suma, la tentativa, por otro lado, brutal y desventurada de Napoleón Bonaparte; fue, más tarde, la de los católicos liberales; después, la de la Democracia Cristiana; y es también la filosofía política del humanismo integral de Maritain... A priori y en el firmamento de las ideas (y de los sueños), ciertamente no es imposible.

La religión cristiana ha reconocido siempre los derechos del hombre definidos por el Decálogo y fundados en los deberes para con Dios; ella ha aportado al mundo una justa noción de la fraternidad, de la igualdad y de la libertad. Parece, pues, que no debería haber obstáculo alguno para impedir la mezcla armoniosa de estas dos tradiciones.

Pero el Panteón, símbolo perfecto, nos alerta. El no ha sido construido al lado de la Catedral, como la Sorbona o el Louvre, o como el Palacio de Versailles. Se ha levantado en lugar de una iglesia: una iglesia aneja, desacralizada, colonizada por un culto hostil a la tradición religiosa de LA FRANCE.

Recordemos, pero con precisión, esta movida historia. En 1764, Luis XV, le Bien-Aimé, colocó la primera piedra del futuro Panteón con motivo de un voto hecho en Metz el 1744 si curaba de una grave enfermedad: pero era la primera piedra de una iglesia. La construcción había empezado en 1755. El arquitecto Soufflot tuvo que dedicar nueve años para establecer los fundamentos minados por los pozos.

¡Votos de los reyes de Francia! Un voto del rey Luis XIII había consagrado el reino a Nuestra Señora, proclamada así Patrona principal de LA FRANCE bajo el título de su Asunción (he aquí la razón de ser el 15 de agosto nuestra fiesta NACIONAL, con la procesión del voto de Luis XIII; pero no reconocida por la legalidad republicana). Un voto de Luis XV dedicó una iglesia a Santa Genoveva en una montaña, en el punto culminante de la ribera izquierda. Este lugar estaba consagrado ya a la Patrona de París, era ocupado por la abadía de Santa Genoveva, cuya iglesia estaba en ruinas. La iglesia proyectada por Luis XV venía a reemplazar suntuosamente la derruida de los benedictinos.

Luis XV muere en 1774; el arquitecto Soufflot en 1780. Su discípulo Juan B. Rondelet la termina en 1789, con un "frontón, un dôme" y dos campanarios. En abril de 1791 la Asamblea Nacional Constituyente (la de la Revolución), a la muerte de su presidente Mirabeau, para darle una sepultura magnífica, decide transformar la Iglesia de Santa Genoveva en un templo laico que recibirá las cenizas de los ciudadanos más ilustres a la admiración de la posteridad. Así se arrasaron los campanarios, se quita la cruz y se inscribe en el frontispicio: "*Aux grand hommes, la Patrie reconnaissante*". A este monumento desfigurado se le da el nombre altisonante de PANTHEON: el culto a los grandes hombres reemplaza al culto de Dios...

El articulista seguidamente explica las (tres) vicisitudes que, según los vaivenes de la política y la religión, sufre este monumento, para acabar con los párrafos que hemos transcrito del original (a buen seguro que se publicará en la revista de pensamiento ITINERAIRES -París Julio-agosto 1981, n.º 255).

Los avisados lectores podrán captar la coincidencia con nuestros pensadores Torres y Bages, Balmes, Elías de Tejada, Cardó..., si exceptuamos algunos matices que nosotros tampoco compartimos, tanto en aquél como en éstos.

REIVINDICACION DE LA HERENCIA HISPANICA

...Desde 1700 para acá, en efecto, las Españas han sido objeto de sucesivos intentos de europeización, al giro de las varias modas europeas: el *absolutismo* en el siglo XVIII, el *liberalismo* en el XIX, los *totalitarismos*, los *socialismos* y las *democracias cristianas* en el XX. Pero lo importante no son los intentos en sí, sino el hecho de que las agresiones exteriores hayan podido contar con traidores dentro mismo de la fortaleza.

Porque en estos tres siglos ha cambiado el campo de batalla: ya se combate en el interior mismo del alcázar español. Ha sido un nauseabundo proceso de repliegue continuado, teñido de desconciertos, en el cual se ha discutido: primero, las libertades forales; luego, la institución de la monarquía tradicional; finalmente, la unidad católica.

Cada generación de españoles ha sido testigo del avance continuo de las huestes enemigas, en una complicada trama de tensiones, en la que se han ido entremezclando la forja de la artificial burguesía mediante las leyes desamortizadoras de los patrimonios de las comunidades básicas todas, la pérdida del sentimiento de la unidad española en las regiones pisoteadas con las leyes fomentadoras de los separatismos, y la creciente marca del proletariado ganado por la dinámica marxista de la lucha entre las clases sociales, provocada por una insensata legislación económica y laboral...

Afrancesamiento, no castellanización.

...Con la venida de los Borbones, el deslumbramiento promovido por los logros de la entonces eficaz administración del absolutismo francés, engendra el afán de ordenar las instituciones hispanas sobre el modelo de las de Francia. Perdiéronse Cerdeña y Nápoles: mientras Cerdeña continuaba bajo la tiránica opresión saboyana soñando con las leyes ejemplares que le diera Felipe II; mientras en Nápoles Giambattista Vico era el postrer nombre universal del pensamiento hispánico, cara a las novedades del insustentable europeo, abstraccionista, racionalista, naturalista y protestante...

Felipe V, ignorante de nuestras tradiciones y sólo conocedor de las fórmulas políticas y jurídicas de su patria francesa, hubo de juzgar por engendros contrahechos los fueros tradicionales de los pueblos españoles que el azar había puesto bajo su cetro. Era un europeo sentado en el trono de Madrid. No en balde, las postreras representaciones de las Cortes Catalanas le rechazaban, en 5 de julio de 1713, por francés: temerosas —temores en efecto luego cumplidos— de que con él

"est lamentable Principat quedaria exposat a la discreció de la experimentada contraria propensió francesa".

En su anhelo de unificar una España, que para su mentalidad de absolutista francés no estaba todavía (!) bastante unida, soñó con transformarla en un jardín político al gusto de Versalles o de La Granja. Por eso rechazó la propuesta que en 1701 le hiciera el Marqués de Villena de restaurar las libertades castellanas, y aun extenderlas a los virreinos americanos. Y por eso pisoteó los fueros vascongados con continuos atropellos y suprimió las instituciones forales de Aragón y Cataluña y de Valencia, usando la *mentira* artera de afirmar que las "castellanizaba": cuando de veras lo que obraba era introducir en aquellos pueblos el absolutismo de su abuelo Luis XIV.

Los sucesores de Felipe V siguieron en el camino de imponer el absolutismo a la europea, aplastando las libertades forales: y siempre —para así enfrentar Castilla con los demás solares hispánicos, de un modo que contradice palmariamente la entera historia real de España— alegando el pretexto de una supuesta castellanización, pabellón falso que encubría la realidad de la centralización afrancesante, o lo que es igual, europeizadora...

(†) F. ELIAS DE TEJADA.

(Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid).

"Creemos haber desvanecido completamente esas vulgaridades que se han propalado en España y en el extranjero sobre el supuesto espíritu de provincia y proyectos de independencia abrigados por los catalanes. Debiera haber bastado atender al origen y al carácter de las revoluciones de Barcelona en estos últimos años para disipar un error que se halla en tan flagrante contradicción con los hechos, o no permitirle que naciese: bastaba reflexionar quiénes eran los hombres de la revolución, cuál la bandera que en ella se levantaba, cuáles las ramificaciones que comúnmente tenían con otros puntos de la Península para deducir desde luego que los motines no eran producto de nada de lo antiguo, que eran un achaque enteramente nuevo, que era una dolencia de un miembro que pertenecía a un cuerpo atacado de grave enfermedad y que, por consiguiente, participaba de la mala disposición y corrompidos humores que afectaban más o menos a todos los otros miembros". (Artículo (3) sobre Cataluña. "Las revueltas de Barcelona" - OBRAS COMPLETAS, de Balmes).